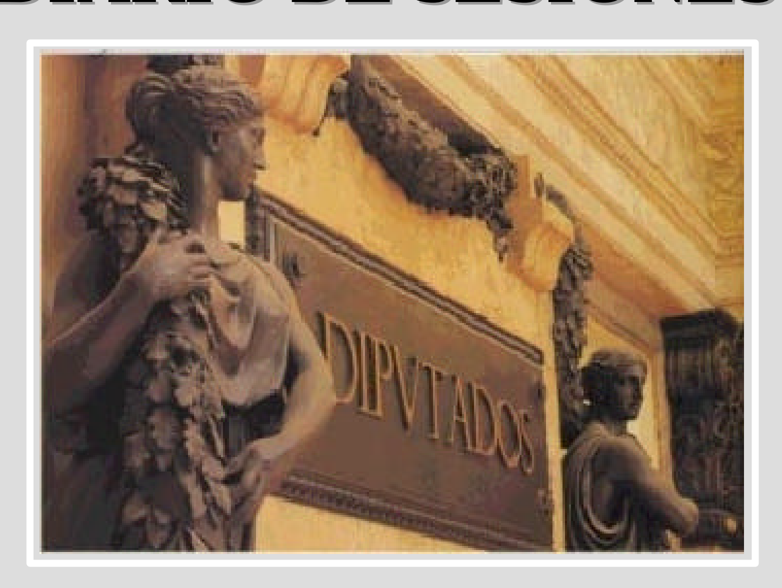
NÚMERO 3063 MONTEVIDEO, MARTES 10 DE SETIEMBRE DE 2002



República Oriental del Uruguay

DIARIO DE SESIONES



CÁMARA DE REPRESENTANTES

53ª SESIÓN (EXTRAORDINARIA)

PRESIDE EL SEÑOR REPRESENTANTE

GUILLERMO ÁLVAREZ
(Presidente)

ACTÚAN EN SECRETARÍA LOS TITULARES DOCTOR HORACIO D. CATALURDA Y DOCTORA MARGARITA REYES GALVÁN Y LOS PROSECRETARIOS DOCTOR JOSÉ PEDRO MONTERO Y SEÑOR ENRIQUE SENCIÓN CORBO

XLV LEGISLATURA TERCER PERÍODO ORDINARIO

Texto de la citación

Montevideo, 5 de setiembre de 2002.

LA CÁMARA DE REPRESENTANTES se reunirá, en sesión extraordinaria, el próximo martes 10, a la hora 15, a efectos de tributar homenaje al Padre Ruben "Cacho" Alonso al cumplirse los diez años de su fallecimiento.

HORACIO D. CATALURDA MARGARITA REYES GALVÁN
Secretarios

S U M A R I O

Pág.

1.- Asistencias y ausencias.

Asisten los señores Representantes: Washington Abdala, Guzmán Acosta y Lara, Ernesto Agazzi, Guillermo Álvarez, Juan Justo Amaro, Gustavo Amen Vaghetti, José Amorín Batlle, Fernando Araújo, Raúl Argenzio, Beatriz Argimón, Roberto Arrarte Fernández, Roque E. Arregui, Carlos Baráibar, Jorge Barrera, Edgar Bellomo, Juan José Bentancor, Ricardo Berois Quinteros, Daniel Bianchi, José L. Blasina, Gustavo Borsari Brenna, Nelson Bosch, Brum Canet, Julio Cardozo Ferreira, Ruben Carminatti, Nora Castro, Ricardo Castromán Rodríguez, Roberto Conde, Jorge Chápper, Silvana Charlone, Eduardo Chiesa Bordahandy, Guillermo Chifflet, Sebastián Da Silva, Ruben H. Díaz, Daniel Díaz Maynard, Miguel Dicancro, Juan Domínguez, Heber Duque, Alejandro Falco, Ricardo Falero, Alejo Fernández Chaves, Ramón Fonticiella, Luis José Gallo Imperiale, Orlando Gil Solares, Carlos González Álvarez, Gustavo Guarino, Arturo Heber Füllgraff, Doreen Javier Ibarra, María Iriarte, Luis Alberto Lacalle Pou, Félix Laviña, Ramón Legnani, Guido Machado, Óscar Magurno, José Carlos Mahía, Juan Máspoli Bianchi, Artigas Melgarejo, José Homero Mello, Felipe Michelini, José M. Mieres, Pablo Mieres, Ricardo Molinelli, Basilio Morales, Ruben Obispo, Jorge Orrico, Francisco Ortiz, Edgardo Ortuño, Ronald Pais, Daniela Payssé, Gustavo Penadés, Margarita Percovich, Darío Pérez, Enrique Pérez Morad, Enrique Pintado, Carlos Pita, Martín Ponce de León, Iván Posada, Yeanneth Puñales Brun, Domingo Ramos, María Alejandra Rivero Saralegui, Ambrosio Rodríguez, Glenda Rondán, Hugo Rosete, Víctor Rossi, Julio Luis Sanguinetti, Diana Saravia Olmos, Alberto Scavarelli, Leonel Heber Sellanes, Pedro Señorale, Julio C. Silveira, Lucía Topolansky, Wilmer Trivel y Walter Vener Carboni.

Con licencia: Raquel Barreiro, José Bayardi, Nahum Bergstein, Tabaré Hackenbruch Legnani, Martha Montaner, Gustavo Silveira y Daisy Tourné.

Faltan con aviso: Artigas A. Barrios, Julio Lara, Gabriel Pais, Alberto Perdomo, Adolfo Pedro Sande y Raúl Sendic.

Sin aviso: Daniel García Pintos.

2.- Homenaje al Padre Ruben "Cacho" Alonso al cumplirse los diez años de su fallecimiento.

SEÑOR PRESIDENTE (Álvarez).- Habiendo número, está abierta la sesión.

(Es la hora 15 y 5)

——La Cámara de Representantes ha sido convocada en forma extraordinaria a efectos de tributar homenaje al Padre Ruben "Cacho" Alonso al cumplirse los diez años de su fallecimiento.

Tiene la palabra el señor Diputado Pablo Mieres.

SEÑOR MIERES (don Pablo).- Señor Presidente: nos parecía una obligación, diría una necesidad imprescindible, una suerte de imperativo categórico, que la Cámara -en definitiva, el organismo de representación de la voluntad popular- rindiera un homenaje al Padre Ruben "Cacho" Alonso, o al cura Cacho, como tantas veces se le nombró a nivel popular.

Fue una figura realmente extraordinaria, que sin duda se destacó por su compromiso con los pobres, con los que más sufren. Tuvo un nivel de radicalidad y profundidad también absolutamente excepcionales. Su compromiso lo convirtió en uno más de los que vivían y sufrían las situaciones de marginalidad. Se convirtió en un integrante más de su barrio, de tantos barrios en los que trabajó y por los que luchó.

Sin duda, para los que somos cristianos fue un referente evangélico de la justicia social, que siguió ese mandato de Jesús de Nazareth: "Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos".

El Padre Cacho cumplió a rajatabla con ese mandato; lo vivió y lo sintió a fondo. Lo original en él no fue solo ni principalmente su trabajo social, sino la manera como lo asumió. Recuerdo una frase que dijo el Padre Bazzano, en oportunidad del fallecimiento del Padre Cacho, en el sermón de la misa que se hizo en la Parroquia de Possolo. Lo describía diciendo: "Cacho era alguien que tenía la capacidad de amar a cada uno en particular, no amaba 'al montón', sino que con cada uno con el que se encontraba sabía quererlo de un modo propio". Quizás esa sea la razón tan especial por la que el Padre Cacho asumió esta estatura que hoy, en el recuerdo de la gente, se sigue recreando cada vez con mayor fuerza.

Para nosotros, los que militábamos en la Iglesia Católica de aquellos años, de fines de los setenta y principios de los ochenta, Cacho fue un referente, un símbolo viviente, algo así como un ícono de referencia, un modelo de conducta, un desafío de mejora personal continua en tiempos muy difíciles; eran las épocas de la dictadura y trabajar en acción y promoción sociales tenía la dificultad adicional de un clima hostil, de persecuciones policiales, etcétera.

En lo particular, conocimos a Cacho Alonso en el trabajo del CLAEH en el año 1981, a través de Patricio Rodé, quien también trabajaba en el CLAEH y tenía una relación muy estrecha con él. Lo visitamos en su casa en el barrio; alguna vez lo vimos en Rivera, en la casa de un gran amigo, el profesor Arturo Pereira. Siempre impactaba por su personalidad; no era de esas personalidades avasallantes ni extremadamente fogosas, sino que, por el contrario, impactaba por su humildad, por su capacidad de entrega, por su convicción, por una brutal serenidad que trasmitía a todos quienes entrábamos en contacto con él; una paz interior que simultáneamente era acompañada por una profunda convicción de lo que estaba haciendo y de la validez del compromiso social. No había en él nada de arrogancia, nada de actitudes que, de alguna forma, lo hicieran sentir superior por la entrega que estaba realizando. Al contrario, su trabajo era silencioso, seguro, convencido, sereno, sencillo.

Había comenzado su obra ya hacía unos años, por 1977; dejó la parroquia y se fue a vivir al barrio, a una casita donde desarrollaba su actividad. Así fue extendiendo su influjo, sus ideas y, sobre todo, su compromiso y su testimonio a otro barrio, luego a otro, y a otro, y a otro. Realizó su trabajo con los jóvenes, con las mujeres, con los carritos, por la dignificación del trabajo de los recolectores; llevó a cabo tareas relacionadas con la vivienda, con la salud, con el trabajo y con la juventud.

Fue un referente inexcusable y, sin embargo, Cacho nunca pretendió dictar cátedra sobre la forma de hacer la promoción social. Siempre se limitó a trasmitir con sencillez su propia experiencia y demostró con su ejemplo cotidiano que la promoción social no admite rigideces teóricas, definiciones ideológicas inmutables ni opciones metodológicas únicas. Él fue un testimonio vivo de flexibilidad y de creatividad. Fue un testigo de que lo central y lo esencial en el trabajo social es la capacidad de vibrar, sentir y compartir con el otro.

Pero la historia del cura Cacho no es la historia romántica del que se fue a vivir con los pobres, como una especie de cuento de hadas. Esa opción implicó sufrimiento, sufrimiento personal; nos consta. Pasó las mismas privaciones que sus queridos vecinos: frío, cansancio, necesidades. Muchas veces enfrentó la arbitrariedad policial, que por aquellos tiempos era dura. Resultaba muy difícil establecer un diálogo a ese nivel, sobre todo con respecto a los vecinos de un barrio marginal, cuya relación con la policía se sabe que es siempre compleja; ¡cuánto más en períodos autoritarios!

Pero también fue objeto de violencia por algunos integrantes del propio barrio, a quienes no les gustaban los cambios que promovía. Ciertamente, tuvo momentos de desánimo, de desaliento, y también momentos de enojo. Creo que eso está demostrando toda su dimensión humana; lo saca del mundo de la ficción y de la fantasía del cura que se fue a vivir con los pobres, para ponerlo en la cruda realidad de lo que ello significa en términos de compromiso personal y de aporte a la sociedad. Sin perjuicio de ello, disfrutó hasta el límite su opción de vida, y es indudable que si tuviera la oportunidad, haría otra vez todo de igual modo.

Creo, señor Presidente -no exagero, porque así lo siento desde hace muchos años-, que el Padre Cacho ha sido en nuestro país lo más cercano al modelo de santidad, a un santo como lo entendemos los católicos. No como la imagen que, de pronto, se tiene de un santo a nivel popular: ajeno a la vida, distante, hacedor de milagros. No; un santo en tanto ser humano cabal y completo, portador de una serenidad y de una paz que solo puede nacer de una fuerte relación con Dios y con el prójimo.

A quienes no lo conocieron puedo decirles que a mí siempre me hizo acordar a la imagen de San Francisco de Asís en esa película tremenda y tan excelente de Zeffirelli, titulada "Hermano Sol, hermana Luna". Él tenía esa misma paz, esa misma forma de trasmitirla y de comprometerse sin pedir nada a cambio. Su actitud fue siempre de disponibilidad y de desprendimiento. Era, como dice el Evangelio, como los lirios del campo, abierto a la novedad sin tener en cuenta resguardos ni cálculos.

Ustedes dirán: "Pero no hizo milagros". Yo digo: ¡qué mayor milagro que la continuidad actual de su impresionante obra! ¡Qué mayor milagro que el cambio que su vida y testimonio produjeron y siguen produciendo hoy en tantas vidas y en tantos corazones! ¡Qué mayor milagro que el impresionante séquito de carritos y vecinos que lo acompañó hasta el cementerio el día de su muerte! ¡Y mayor milagro aún que, diez años después de su muerte, la misma emocionada multitud lo acompañara de regreso al barrio, a su querida Parroquia de Possolo!

Señor Presidente: su ejemplo, su vida, su testimonio, iluminan hoy el camino de muchos otros que siguen construyendo una sociedad más solidaria y más justa, el de la gente que hoy trabaja en los mismos barrios, en la Asociación San Vicente y en tantos otros espacios que el Padre Cacho creó.

A su vez, en las situaciones que estamos viviendo hoy ante la brutal crisis del país, surgen los necesarios ejemplos de solidaridad, a través de los merenderos, de los comedores, de los distintos espacios que la sociedad se encarga de abrir, que trasmiten, en definitiva, el mismo espíritu que años atrás el Padre Cacho expresaba con su testimonio y su trabajo.

Mucha gente hoy sigue construyendo, pero ciertamente Cacho Alonso seguirá siendo único para su barrio y sus vecinos, para la Iglesia Católica y para todos los uruguayos que queremos un país con justicia social.

Voy a terminar esta recordación haciendo algo que me parece lo más justo, que es ceder la palabra al propio Cacho, a través de un video realizado hace un tiempo, que recoge un breve fragmento de una de las entrevistas que le realizara Ángel María Luna, para que recordemos su sencillez, su compromiso, su calidez y su testimonio.

Así era y así lo recordamos hoy.

(Se realiza la proyección)

SEÑOR PRESIDENTE (Álvarez).- La Mesa quiere dejar constancia de que se encuentran en el palco familiares del Padre Cacho, las señoras María Rosito, Sonia Misiñán, Mireya Víttola y Paola Dichiara, y los señores Luis Alonso, Wilmar Rosito y Daniel Conde. Asimismo, se encuentran en la barra, entre el público en general, representantes de distintas congregaciones.

Tiene la palabra el señor Diputado Ponce de León.

SEÑOR PONCE DE LEÓN.- Señor Presidente: el Padre Cacho, Isidro Alonso, nació en 1929, en Montevideo. Era el tercero de seis hermanos y muy joven ingresó como salesiano. Estudió en Montevideo y en Buenos Aires, se ordenó en 1959 y comenzó su trabajo en el litoral, en Paysandú y en Salto, como asesor de la Pastoral Juvenil. De allí pasó a Rivera, donde durante un tiempo vivió con otros dos sacerdotes salesianos -el Padre Landa, hoy fallecido, y el Padre Carcabello, que hoy está en Artigas- en un barrio marginal. En ese lugar pasó por una crisis y terminó alejándose de la comunidad salesiana y pasando al clero.

Monseñor Partelli lo acogió en Montevideo; el Padre Techera lo ayudó. A fines de 1976 y comienzos de 1977 vivió unos meses en la Parroquia Universitaria. Finalmente, Monseñor Partelli lo asignó adonde él quería: a una parroquia de una zona marginal, a Possolo, a una parroquia, por excelencia, de Casavalle. Allí lo recibió el Párroco Miguel Britos, y a esa parroquia seguiría vinculado hasta el final.

Llegó al barrio a vivir en la parroquia, y en el año 1992 -antes de ir, ya enfermo, al hogar sacerdotal- volvió a vivir en la sede parroquial. Durante esos quince años estuvo siempre vinculado a la parroquia, pero no vivía en ella, tal vez por aquello de que la parroquia empieza donde termina la casa parroquial. Vivió en varios de los barrios de Casavalle; se fue a vivir con su gente. Tanto el Padre Britos como quienes lo sucedieron, Pablo Bonavía y Daniel Bazzano, lo respaldaron permanentemente. En 1977 estaba allí y comenzó a ir asiduamente a uno de los barrios más golpeados de la zona: Plácido Ellauri. Se trata de un barrio acerca de cuyas carencias de infraestructura más vale no hablar, pero es de donde eran el "Chueco" Maciel y el "Canario" Luna. Es el barrio donde se había instalado un pastor de la Iglesia Menonita venido de Estados Unidos, el Pastor Miller, y donde vivía Dora Paredes, una mujer que trabajó mucho con el Pastor Miller, y peleó mucho para que sus hijos y los amigos de sus hijos no quedaran envueltos en ese mundo al que muchas veces los llevan las circunstancias.

Esta señora, Dora Paredes -que hoy vive en Suecia con uno de sus hijos, que tiene un muy buen trabajo-, luego de que el Pastor Miller fuera preso y torturado -es la etapa de la dictadura- y tuviera que abandonar el país, busca a alguien que lo sustituya en esa Iglesia Menonita, que siente que cambió y dejó de ser receptáculo de la juventud del barrio. Luego de ir y venir, finalmente, a través de una hermana vicentina, se vincula con Daniel Bazzano, quien después fue párroco, y en aquella época era teniente cura de esa parroquia. Daniel, a los pocos días de conversar con Dora Paredes y de ir algunas veces al barrio, le dice que se tiene que ir, que se va de párroco a Carrasco. Ella le dice: "Te vas con los burgueses". Él le contes-

tó: "¡No, no! Yo me voy a otro lado, simplemente. Pero te voy a dejar a alguien que es mejor que yo". Ahí llegaba Cacho, luego del itinerario al que hicimos referencia. Es en ese momento en que Dora Paredes conoce a Cacho.

Después de esa referencia de Bazzano, ella misma cuenta, en un hermoso reportaje publicado en Brecha en 1993, que le dijo a Cacho, hablándole de su barrio: "Aquí tenés que actuar como aconseja la Biblia: manso como palomo y astuto como serpiente. Si tú conseguís entender bien por qué los muchachos roban y las chicas se prostituyen, entonces podrás hacer una gran obra".

Ese era el desafío por el que Cacho comenzó a ir día tras día a Plácido Ellauri. Se iba de mañana y volvía de noche hasta que, finalmente, los propios vecinos le preguntaron por qué no se quedaba en el barrio; y él se quedó.

Se quedó a fines de 1977, y muy poco después le llegó una noticia que sería clave en la historia de Cacho y del barrio. Existía lo que llamaban "el cante de abajo", una zona de un cantegril donde de un día para otro llegó la policía a anunciar que estaban desalojados, que se tenían que ir. Los llevaron en vehículos a la Seccional, al Juzgado y los notificaron. Algunos comenzaron a desarmar sus ranchos; otros realmente no tenían adónde ir. Esta noticia le llega a Cacho a través de uno de los jóvenes que iban a las reuniones que hacía con ellos en el Ellauri, en las que les decía cómo había que reflejar a Cristo, que buscaran ayudar. En ese momento, uno de los muchachos le dijo: "Aquí, en el desalojo del barrio, habría que ayudar". Entonces, Cacho va para el barrio con la asistente social Alicia Martirena, y llega a un lugar adonde casi se podría decir que no había llegado nadie. Él comienza un doble proceso: conseguir ayuda afuera y que los que allí vivían fueran protagonistas, porque si por algo se caracterizó Cacho fue por ser un hacedor de protagonistas, y si algo era Cacho era constructor de ciudadanía. Sabía ponerse a la misma altura de quien fuera y, aunque llevara años en una tarea, hacer sentir al interlocutor que recién llegaba que también estaba aportando. Allí llegaron y se fue armando la idea de que se podía hacer otra cosa, de que "juntos se podía".

Poco antes, a ese barrio había ido una asistente social, Raquel Carreira, con dos fotos de dos fábricas: una desvencijada y otra muy linda. Cuando preguntó dónde les gustaría trabajar, casi todas -la mayoría eran mujeres- eligieron la fábrica desvencijada, y cuando alguien eligió la linda, otra preguntó a las que habían optado por la fea por qué habían escogido la desvencijada. La respuesta fue unánime y automática: "Porque eso no es para nosotros". Trabajar en un lugar lindo no podía ser siquiera una aspiración. Allí Cacho consigue vincular a dos sectores. Y aquí viene uno de los elementos, a mi juicio, definitorios: si por algo se caracterizaba Cacho -el otro día lo recordaba bien el actual párroco de Possolo, en la misa de los diez años- era por ser un hombre absolutamente integrador, un hombre que sumaba, no que dividía: en el barrio y entre barrios, y entre los más diversos sectores sociales.

Aquel Padre Bazzano -que era teniente y que ahora estaba en Carrasco- hablaba en Carrasco de aquel Casavalle lejano. Cuando surgió este problema Cacho lo llamó, así como a las vicentinas. Terminaron hablando con el titular del remate, que era contador de un banco y que había mandado desalojar el lugar porque lo había puesto en remate estando ocupado y, por supuesto, no había habido oferentes; lo mandaron desalojar para tener ofertas. Lo cierto es que Cacho logró que el propio contador ayudara y, en definitiva, en el siguiente llamado lograron comprar el barrio para que la gente pudiera sentirse segura.

Pero eran ranchos de lata. Ahí comenzó un proceso de organización y les llevó muchos años construir las viviendas, por más que tuvieron mucha ayuda externa; entretanto, ellos se fueron conformando. Lo primero que hicieron fue limpiar el terreno. Cacho cuenta lo impactante que fue cuando, con el terreno limpio, algunos de los que vivían enfrente -tal vez con casitas un poco mejores, de material, pero del mismo barrio- vinieron otra vez a tirar basura. Un personaje de ese barrio -al que después nombraron San Vicente-, una mujer hoy fallecida, doña Santa -en toda esta zona hay mucho matriarcado, ya que las mujeres juegan un papel importante; hay muchas familias uniparentales-, se arrimó a la vecina y le dijo: "¡No! ¡Acá no! Sepa que ahora somos gente". ¡Sepa que ahora somos gente! Esa era la definición por la cual ese lugar no era más un basural.

Cacho fue acompañando ese proceso y al poco tiempo le preguntaron: "¿Por qué usted no se viene a vivir acá?". ¡Si pasaba el día allí! Los propios vecinos le hicieron un rancho y él vivió allí.

Tiempo después, cuando se comenzó a construir, los propios vecinos votaron y resolvieron hacer un salón comunal antes que sus viviendas. Como dijo alguno: "Al fin y al cabo, llevamos años viviendo en ranchos; lo que nos cambia la vida es que ahora somos una comunidad". Cacho decía que no sabía de dónde había surgido la palabra "comunidad", que salió de ellos en algún momento. Hoy son la Comunidad San Vicente, la Comunidad Santa María, la Comunidad La Palmera, la Comunidad Casa de Todos, la Comunidad Padre Cacho y otras que han ido sembrando toda la zona de Casavalle y algunas otras que inclusive no pertenecen a ese barrio.

Allí -bueno es decirlo ahora-, cuando se empiezan las obras, lo primero que se hace es una casita de material con dos piezas y un baño para Cacho. Cuando esto estaba pronto, Cacho dijo: "Hemos conseguido medicinas, hemos conseguido remedios", y propuso en la asamblea que se votara para que esa casa fuese la primera policlínica; y Cacho siguió viviendo en su rancho. Era un itinerante, porque él decía: "Aquí ya se arreglan; aquí ya no me necesitan". Él no era un organizador, sino un promotor.

Hay una anécdota que me resulta impactante porque muestra a un Cacho enormemente tesonero y humano; él empujaba, se equivocaba muchas veces, pero volvía a empujar. Una de las primeras cosas que prepararon en el terreno que habían conseguido fue una cancha para hacer bloques; consiguieron alguna donación y ciertos materiales y empezaron a hacer bloques. Un día, Cacho fue a ayudar con los bloques, agarró el primero y cuando lo fue a depositar, se rompió; agarró el segundo y también lo rompió. Y los vecinos le dijeron: "Mirá, Cacho, dedicate a cebar mate; los bloques los hacemos nosotros". Ese era Cacho; no era el que sabía más, no era el que organizaba más, no era el más potente, pero sin embargo la expresión que surge es la que ya utilizó el señor Diputado Pablo Mieres: era un santo. Era capaz de considerar iguales a todos y era capaz de una generosidad sin límites.

En estos días, algunas de las personas que vivieron con él me contaron que cuando un día llegó una familia que no tenía con qué cocinar, Cacho tomó el único primus que tenía y se lo dio. Son incontables las anécdotas de cuando se sacaba la ropa, aunque la ropa no quiere decir la bufanda. He escuchado anécdotas en las que se sacaba no solo los zapatos, sino las medias, frente a alguno que venía descalzo y con frío. Lo sorprendente es que eso lo hacía con naturalidad y en eso todos coinciden; para él, era natural hacerlo, y para el otro, era natural aceptarlo.

Él vivió en Plácido Ellauri y en lo que hoy es San Vicente; pero al poco tiempo vieron que había muchos niños y jóvenes que quedaban sueltos, con todo lo que ello implica en esos lugares, y lograron conseguir una casita, y Cacho se fue a vivir con los jóvenes en Aparicio Saravia y Trápani hasta que se incendió. Y cuando ocurrió esto, se mudaron a otra casa ubicada en Aparicio Saravia y Enrique Castro, donde Cacho vivió mucho tiempo.

Luego, a fines de los años ochenta, intenta irse a Juan Acosta, donde hay otro "cante" duro, difícil, pero con gente que quería salir y hacer cosas. Comienza a hacerse el rancho con alguno más que lo acompañó, pero le prenden fuego; no logra irse a vivir a Juan Acosta. Pero entonces se va a Nuevo Mausa, otro "cante" al lado de donde estaba la vieja fábrica. Solo cuando el cáncer de esófago -que se le declara en 1992- le dificulta comer, acepta finalmente volver a la parroquia y luego al hogar.

Cacho era muy callado, era de poco hablar y de mucho escuchar; sin embargo, cuando hablaba tenía una ascendencia impresionante. Hablar de Cacho es hablar de su gente. Ya mencionamos a Dora Paredes, como podríamos hablar de Elsa Tasara, del Ellauri.

Vuelve a San Vicente -donde se da esa confluencia de historias que está en el corazón mismo de la obra que hizo Cacho- con gente de afuera y del barrio. Contó con el apoyo de Alicia Martirena, una asistente social, quien formó parte de la Pastoral Social, que después de Puebla y de tantos caminos instrumentó la Iglesia de Montevideo. También se encuentra con Luis Álvarez, clasificador. Los clasificadores eran su gente y los promovió en forma permanente como grupo e individualmente. Contó con la ayuda de Élida, quien tanto hizo por la guardería. Podemos hablar de doña Santa, la madre de todos los Antúnez, que con los Lucas son dos de los clanes de ese barrio; podemos hablar de Gladys en particular. Allí hay un personaje singular en la historia de Cacho, que es Tahelman, el herrero -ya fallecido-, que es quien lo ayuda en muchas de las aventuras. Es también el hombre que cuando muere Cacho, en aquella noche del 4 al 5 de setiembre de 1992, busca el carro, el caballo blanco y los mejores arreos. Él y otros se

quedaron limpiando y lustrando esos arreos a efectos de sacar brillo al bronce para poner para Cacho los mejores arreos, en ese carro que recién vimos en las imágenes, donde tintineaban las campanitas; pusieron lo mejor que tenían para llevarlo, no a su última sino a su penúltima morada, ya que, precisamente, la semana pasada los restos de Cacho -mediante una nueva manifestación del barrio, a la que aludió también el señor Diputado Pablo Mieres- fueron llevados para un reposo definitivo a la Parroquia de Possolo.

Cacho decía: "A mí no me importa que los pobres me usen", cuando alguien alguna vez le dijo que alguno se le había hecho el vivo y que en realidad había abusado de su generosidad. Reitero, él decía: "A mí no me importa que los pobres me usen. Ellos han sido usados y manipulados toda su vida por los que tienen poder; está bien que alguna vez las cosas sean al revés".

Él expresaba de sí mismo que no era muy inteligente ni muy instruido. Sin embargo, supo poner todo lo que tenía y lo que era -mucho o poco- al servicio de los hermanos más pobres. En la misa celebrada el día que falleció, Daniel Bazzano -cuya vida se entrelazó tantas veces con la de él- decía: "[...] todos nosotros vamos a extrañarlo; porque seguramente cada uno de los que estamos aquí podría contar su propia historia personal con Cacho. Porque Cacho era de esas personas que no aman 'al montón', sino a cada uno en particular. Él tenía el don de hacerle sentir a cada persona que era importante para él y para Dios. A cada uno nos hacía sentir querido y valioso; y por eso también sabía hacer aflorar lo mejor que cada persona tiene en su interior, lo más noble y lo más bueno".

A partir de su experiencia en San Vicente fue también un "empujador" de lo que fue el COVIDE, la Comisión pro Vivienda Decorosa, que participó en 1984 en los grupos sociales de la Concertación.

Impulsó, naturalmente, la Comunidad Santa María. Ya hablamos de Ester, como podemos hacerlo de Violeta y de Juan Soria, clasificador también. Empujó también la Comunidad La Palmera, para nosotros muy querida. Allí estaban "Pirincho", Pocha, sus hijos y Salvador. "Pirincho" era del barrio y era clasificador. Cuando Cacho murió, diría que fue su continuador, quien mantuvo en la casona la voz de autoridad, tan callado pero tan escuchado como él, fue "Pirincho". Sería bueno conocer la expectativa de vida por barrios. No sé si eso está hoy disponible, pero estoy seguro de que en algunos barrios es mucho más baja que en otros. "Pirincho", con poco más de cincuenta años cayó tuberculoso, volvió a su barrio y poco tiempo después falleció. Es imposible para mí recordar y hablar de Cacho sin hablar con mucha intensidad de "Pirincho", de Pocha y de sus hijos.

Empujó también a la cooperativa de vivienda de jóvenes, proyecto muy querido por Cacho. En sus últimos meses de vida era casi una obsesión para él que los jóvenes tuvieran sus viviendas. Hoy existe, en Aparicio Saravia casi San Martín, un barrio al que le han puesto de nombre "Comunidad Cooperativa Padre Cacho", porque es a la vez una cooperativa de ayuda mutua y una comunidad. Allí, al salón comunal lo designaron "Pirincho". Es, realmente, un lugar que vale la pena conocer, por la dignidad de sus casitas, sus calles interiores y la buena resolución que supo lograr el arquitecto Irureta con los escasos recursos que había. Allí viven hoy muchos de los que Cacho quiso que tuvieran su casa.

También está la Comunidad Casa de Todos, con Nebia, y las guarderías Santa María, Santa Clara, Caritas Felices en la Comunidad Buenos Vecinos, que fructifica en aquel Juan Acosta del que ya hablamos.

Tuvo Cacho gente que vivió con él. Quiero dar determinados nombres y no en forma casual. Creo que él habría querido que no se despegara jamás su nombre del de su gente. Por eso los menciono, para que no se construya una historia de Cacho que pueda quedar vinculada a los que sabemos hablar y escribir, sino que permanezca ligada a la que era su gente. Están los que vivieron con él: Pablo Graña -que hoy sigue con la antorcha-, el Padre Tejero -un salesiano que estuvo dos años viviendo con él-, que organizó el fútbol en el barrio. Quizás algunos recuerden que cuando la cancha de La Luz pasó a ser usada por el barrio, ahí estaba Tejero, a quien todos, naturalmente, conocen y saludan. También estaba el Bosco Salvia, por quien yo lo conocí; él estuvo poco tiempo, un año, él dice que "apenas".

Los jóvenes, los que eran niños, hoy están en las más diversas situaciones, porque complejo es ese barrio donde Cacho se fue a vivir. Quiero dar ejemplos de distintas situaciones. Quiero nombrar al "Pantera" -que sigue viviendo en el barrio, en aquella casita que se incendió-, al "Mingo", que está en Mausa, a los hermanos "Pitufos" y también al "Negro" Javier y a

Carlitos, que están presos, al "Dulce", a Favio, a Gerardo y al "Chino Pato", fallecidos todos de muerte violenta en diferentes circunstancias. Esa es la gente con la que estaba Cacho y de la que quería aprender.

También supo traer gente desde afuera. ¡Cómo no nombrar a Casilda -quien se había ido de su comunidad para trabajar fuertemente en el barrio-, que luego que Cacho armó la casa con los niños pasó a armar la casa de las niñas, por donde transitaron tantas!

Ya mencioné a las hermanas vicentinas que estuvieron en la compra del terreno inicial y a la gente de Stella Maris de Carrasco, como el escribano Jaime y Elisa y los muchachos que llegaron de colegios. También están los arquitectos, el "Meco" -que lo acompañó en algún viaje buscando fondos para el barrio-, José Luis y Norma. Y maestras como Blanca.

Por supuesto, los asistentes sociales: María Inés Cáceres, Silvia Zapata, Claudio Machado y tantos que siguieron el camino que inició Alicia Martirena.

En ese barrio, Cacho impulsó que hubiera una veterinaria, que primero tuvo una sede provisoria, luego se hizo otra más importante y hoy está involucrada la Facultad de Veterinaria. Se puede hablar de la doctora Ester Cidade como la que empujó y fue el alma máter de todo esto, ¡y hay que ver lo importante que es que en ese barrio haya una veterinaria para los caballos! La primera vez que vi el plano del complejo de viviendas La Palmera confieso que me impactó, porque además de las viviendas, en el fondo había otra construcción: la caballeriza. ¡Vaya si importarán los caballos en la vida de este barrio! De los caballos tanto decimos cuando hablamos de historia, pero, hoy, para muchos siguen siendo el punto de apoyo básico en su trabajo.

Quiero mencionar a la escribana Adela, a Estela y a Hugo, que tanto ayudaron; a Walter Rojo, que en forma callada hizo tantas veces de administrador y llegó con los dineros indispensables en un comienzo singularmente duro. Luego la obra fue fructificando y llegamos a los tiempos más recientes.

Quiero mencionar de manera muy especial que al llegar a la Dirección de Obras de la Intendencia Municipal de Montevideo -fue cuando lo conocimos- el tema de los carritos y de los clasificadores tenía como antecedente una resolución de la Junta Departamental que apuntaba en la dirección de respetar y dignificar ese trabajo. Durante la dictadura había sido común -¡como si eso permitiera erradicarlos!- quitar los carros y prenderles fuego, muchas veces, en la usina. Se cambió esa política, pero había que promover otra. Nadie está en un carro recogiendo los desechos que los demás dejamos y seleccionando cosas para vender en la feria -y muchas veces para comer- porque tenga ganas. Nadie hace eso en un ratito. Lleva mucho tiempo y hay mucho que recorrer para conseguir algo de valor. El decreto de la Junta Departamental establecía la obligación de legislar en la materia; era un tema muy complejo y propusimos un grupo de trabajo que a mitad de 1991 designó el entonces Intendente Tabaré Vázquez. Allí estuvimos con alguien que hoy es compañero de esta Cámara, el señor Diputado Penadés, en ese momento Edil, y con los Ediles Lauría, Valdez y Ferro, y aceptaron integrarse a ese grupo el Padre Cacho -la resolución dice Padre Isidro Alonso-, la asistente social María Inés Cáceres, Jorge Ferrando, Magdalena Castro, María Alfaro y Víctor Vila. Tengo guardadas las actas de todo un año, hasta que a mediados de 1992 Cacho no pudo seguir concurriendo. En ellas consta que allí se discutían y se desgranaban las opiniones. Inclusive, Cacho se fue a Brasil a ver qué pasaba en otros lados, para luego volcar aquí su experiencia. Algún día habrá que hacer un trabajo con todo eso, como se ha hecho con tantas otras cosas de Cacho.

Cuando Cacho vino, no llegó solo. Cuando hubo que hablar de clasificadores, Cacho vino con clasificadores: con Juan, con Salvador, con Machado, con Luis; él se callaba y los hacía hablar a ellos. ¡Y bastante que nos peleamos alguna vez con alguno! ¡Y bastante también que pudimos avanzar! Eso fue antes del primer censo de clasificadores; hace poco se hizo el segundo, porque la realidad del país es tal que no ha permitido resolver este problema, que no es de destrucción ni de autoridad, sino un problema, antes que nada, social. ¡Cómo no recordar aquella discusión respecto a cuál debería ser su nombre; hoy les decimos clasificadores, pero se los llamaba hurgadores. Para la mitad de ellos era ofensivo, pero para otros era un orgullo serlo. ¿Quién resolvía ese dilema? ¡A lo Cacho: que lo resuelvan ellos! Que lo resuelvan Miguel, Cimpo, Isidro y todos.

Un día, el Salón Azul de la Intendencia se llenó de gente, se llenó de clasificadores, expresándose sobre la media docena de propuestas respecto de cuál sería su nombre, el nombre de su trabajo, y por am-

plia mayoría se aprobó el de "clasificadores". Cacho estuvo en la raíz y directamente involucrado en ese proceso.

Dijimos que Cacho era santo; dijimos que Cacho era absolutamente integrador, que Cacho creaba protagonistas, que Cacho era a la vez tesonero y humano, que Cacho era excepcionalmente generoso. Algunos me han dicho, como resumen, que Cacho "ponía en movimiento" a la gente; a otro de sus compañeros le escuché decir que Cacho era una expresión viviente de que "el poder es una cosa que se construye"; tal vez por contraposición a aquello de que el poder se toma, como quien toma una manzana. Y hoy el barrio de Casavalle tiene muchos más proyectos, más gente en movimiento, más protagonistas, más poder.

Después vino otro salesiano, mucho más joven que Cacho, que llegó a trabajar junto a él, y que a la muerte de Cacho, desde Tacurú, empujó el importantísimo movimiento que todos conocemos: me refiero al Padre Mateo y a toda la gente que lo rodea. ¡Si habrán sido importantes y complementarios estos movimientos, que no son los únicos!

Alguna vez dijimos que en estos barrios nos hemos encontrado no solo a Cacho -tal vez Cacho sea la expresión, como Mateo lo fue en su momento-, sino también a mucha gente, de allí y de afuera, que está ayudando y peleando por lo que creo que en cierta forma es el Uruguay que más tenemos que atender y mirar, el que más tenemos que representar aquí. Alguna vez dije que cuando nos visita algún representante de organismos internacionales de los que tantas veces hablamos en esta Cámara, o cuando nos visitan personas de otros países, el mejor itinerario para después iniciar una discusión, que inevitablemente termina en algún lugar del Centro, no es traerlos por la Rambla, por Carrasco y por Pocitos. El camino de entrada tendría que ser, tal vez, por Camino Maldonado, por 8 de Octubre, por Aparicio Saravia, para llegar luego al Centro y discutir si nuestro país tiene o no necesidades. Que no sea sobre la base de quien transitó por la Rambla, pues, naturalmente, después nos dice: "Pero ustedes, ¿qué precisan?".

El Uruguay por el que tenemos que pelear es el de esa marginalidad, que por desgracia crece, y en el que prácticamente nacen la mitad de los niños de este país, tal como hemos visto en el importante estudio realizado por la Cámara sobre la infantilización de la pobreza.

Hoy, San Vicente, Tacurú y algunas otras organizaciones del barrio tienen convenios; han logrado tener personería jurídica -no una, varias- para realizar convenios para obras de vivienda, para realizar trabajos, con instituciones públicas y privadas. San Vicente tiene cinco camiones que recolectan residuos, pero no de cualquier manera ni en cualquier lado: ensamblados con los clasificadores; recogen los residuos donde los clasificadores seleccionan, que muchas veces es al lado de sus casas, para evitar que esos barrios se conviertan en un foco de infección y de pestilencia. Esos cinco camiones que día tras día levantan muchas toneladas de las orillas de los arroyos y de la clasificación de los residuos, también son una continuación de la obra de Cacho.

Ahora están con el convenio de los puntos verdes, como desde Tacurú se está en convenio por tantas actividades, buscando que los jóvenes del barrio tengan posibilidades de trabajo, pues muchas veces esa es la diferencia entre una vida y otra.

Cuando discutíamos las primeras reglamentaciones y autorizaciones del trabajo de clasificadores, recuerdo a un padre al que le corrían las lágrimas en el momento en que estábamos en nuestro despacho en la Intendencia Municipal comunicando la lógica resolución del INAME respecto a que la edad autorizada era de dieciséis años, y que me decía -reitero: llorando-: "Pero nuestro hijo de catorce años tiene que poder comprarse championes, tiene que poder comprarse un vaquero. En nuestro barrio hay dos opciones: el carro o el caño. El carro es el lugar de trabajo. Ayúdenme a poder encaminarlo al carro, duro y sacrificado, pero digna forma de vivir".

En definitiva, pensemos en la dimensión más trascendente que es la de cualquier institución de reciclado: recuperar para la sociedad cosas que todavía tienen valor, y que si no, la sociedad simplemente descarta y entierra.

Quiero terminar esta exposición pidiendo excusas porque podría haber mencionado muchos más nombres. No pretendo ser exhaustivo; esto es nada más que una lista tentativa.

Cacho abarca a todos, y cuando en 1982, en una reunión pastoral tuvo que juzgar lo que ya a nivel de la Iglesia se estaba percibiendo como algo diferente, algo nuevo, algo que impactaba, algo que removía, él dijo lo siguiente: "Yo no he escapado a esa sensación

de frustración cuando veía y veo que este camino no marcha, que tal principio al cual me había afiliado no funciona, de pronto la sensación de que todo es tan artificial que lo único que hemos hecho es un castillo de naipes y que en cualquier momento todo se derrumba... y entonces con mucha paciencia he vuelto a empezar; creo que sin querer he dicho la palabra adecuada para este lugar: paciencia, mucha paciencia.- [...] él ha venido esta noche a mi brasero y me ha dicho: -vine a calentarme un poco porque siento el frío en el hueco de mis huesos [...].- Soy su amigo y lo escucho... me cuesta escuchar lo que él me cuenta porque estoy acostumbrado a escuchar temas de 'mi cultura'... [...] escucho, escucho, me esfuerzo en sentir todo lo que él siente: el frío, los hijos, la calle, el desprecio, la pobreza, el hambre".

Ese es el Cacho detrás del cual caminó todo un barrio de nuestro país; ese es un Cacho de carne y hueso, con errores, pero que supo ser un igual, un integrador, un promotor, un constructor de ciudadanías. Ese es el Cacho que yo espero y confío que podamos, muchas veces, tener como referente en nuestro accionar.

Muchas gracias.

SEÑOR PRESIDENTE (Álvarez).- Tiene la palabra la señora Diputada Argimón.

SEÑORA ARGIMÓN.- Señor Presidente: antes que nada, quisiera agradecer a mis compañeros de bancada por la posibilidad de participar en este homenaje en nombre del Partido Nacional. Felicito al señor Diputado Pablo Mieres por esta iniciativa, porque ¡qué bueno es que la Cámara de Representantes, en esta dinámica y en este trajín voraz que está teniendo, especialmente durante este último año, se detenga para hacer este homenaje que tiene mucho que ver con los tiempos que vivimos y que nos interpelan!

Revisando distinta bibliografía sobre la obra, pero especialmente sobre la personalidad del Padre Cacho, nos quedamos con una carta que hoy nos gustaría trasladar a los compañeros legisladores y legisladoras, escrita por Álvaro Ojeda y publicada en una columna de un matutino de nuestro país.

La carta se titula "San Francisco en el Cantegril" y dice así: "Cuando vi al cura Cacho por primera vez me lo tuvieron que señalar. Iba sentado en un carrito de hurgadores (moderna denominación para la pobreza más impúdica) junto con otro hombre que era exactamente igual a él. Los dos vestían la misma ropa, gastada y descolorida; los dos tenían esa flacura de los que pasan hambre, no de los que eventualmente tienen hambre; los dos sumaban una pequeña figura bajo un cielo excesivo.- Avanzaban penosamente por la calle Porongos en una tarde helada. Un vaivén de pescante fuera de tiempo y de miradas rutinarias de una Montevideo que se ha acostumbrado a ese ir y venir, cansino, torpe, embrutecido, de compatriotas con peor suerte que la nuestra. Un par de sombras en movimiento hacia el cantegril de Aparicio Saravia. Ese montón de frío, matungo y carrito fue el destino elegido por Ruben Isidro Alonso, el 'Cura' Cacho. Como San Francisco de Asís, eligió vivir entre los miserables porque entre ellos, milagrosamente, veía con claridad a Cristo. Un Cristo crucificado, humillado, en derrota, pero también un Cristo vivo, posible, liberador. Ahora mismo, mientras escribo este artículo me reencuentro con uno de los pocos textos que Cacho dejó. Tiene la contundencia de la convicción: 'Siento la imperiosa necesidad de ir a vivir en un barrio de pobres y hacerlo como lo hacen ellos. No como táctica de infiltración o demagogia, ni siquiera como gesto profético de nada sino para encontrarlo de nuevo a Cristo porque sé que vive allí, que habla su idioma, que se sienta a su mesa, que participa de sus angustias y esperanzas. Tampoco como un 'Padre' despachador de sacramentos sino como alguien que va a hacer junto a ellos una vivencia de fe, un camino compartido. Tal vez pueda decirles en su idioma de dolor y frustración, que allí en medio de ellos está Él, Él que puede cambiar la muerte en Vida, la negación en Esperanza'.- Es asombroso el enfoque que hacía de su misión. Casi parece que fueran los requecheros, los bichicomes, los pobres absolutos, los que pueden hacer más fuerte la fe en la salvación predicada. Como si entre ellos, en esa oscura caverna suburbana, Cristo tuviera una presencia más real y efectiva. Tan real y efectiva que el cura dispensador de sacramentos recogía de aquella multitud sufriente, un signo vivo de Esperanza, así con mayúsculas, de que el mundo tendría un momento definitivo de justicia, una mirada de compasión para tanto abuso acumulado. Primero se mudó al barrio y vivió en un rancho de lata. Luego aprendió los códigos de convivencia del cantegril, que son lo que la imagen del espejo a la realidad, una simetría engañosa, turbia.- Después organizó a los vecinos y empezó a tratar de que ellos mismos se sintieran seres humanos, no bichos tirados al margen

de la ciudad porque tenían mal olor. Y por supuesto sufrió persecución, fue maltratado, ofendido, humillado. Pero siguió adelante. Los vecinos de la Parroquia de los Sagrados Corazones escribieron un retrato conmovedor de Cacho: 'Tuvimos hambre, y compartió su comida; tuvimos sed y compartió su agua; estuvimos enfermos y nos visitó; nos pusieron presos y se arriesgó por nosotros.- Creímos que no éramos nadie, que no podíamos nada, y tuvo confianza en nosotros'. Cuando yo era niño mi madre me regaló una medallita de plata de la Inmaculada Concepción, la Milagrosa, como la habían bautizado los soldados franceses [...]. Cuando el Cura Cacho cayó enfermo mi esposa se la envió al Hogar Sacerdotal en donde intentaba reponerse. La medallita permaneció con él hasta su muerte y ahora está otra vez en mis manos. ¿Qué hace que un objeto tan común se transforme en signo transparente en un mundo plagado de shoppings y tecnología de punta y marketing? No es la plata, brillante, engañosa, casi irreal. No es la materia, seguramente, la esencia de ese resplandor que hace que la vista se detenga en ella, una y otra vez. No es lo externo, lo vano, lo que hace a un hombre respetable y digno.- Un hombre es tal en la medida que reconoce que nunca será verdaderamente feliz mientras que otros hombres, iguales a él, vivan en las condiciones en que todos sabemos que viven. Cacho hizo lo que San Francisco, fue el último de los últimos. La causa para su beatificación ya se inició, pero el Cura Cacho es santo y está vivo en el insomne traqueteo de los carritos sonoros como una matraca, entre los que anduvo y anda todavía, sonriente, pequeño, inmortal".

Nos parece que esta es una fantástica carta, redactada con el corazón, de alguien que conoció y reivindicó al Padre Cacho. Un Padre Cacho que cuando le preguntaban por las mujeres de los barrios donde él trabajaba, supo decir: "Sí, y con todas las características de las mujeres del barrio: abandono, soledad, persecución de la policía a sus hijos, la lucha por mantener a estos para que no se desvíen, pero viendo, a veces, cómo se hacen delincuentes poco a poco. Con falta de dinero hasta para el ómnibus y así no poder cumplir con su trabajo, pero sobre todo con el problema del hambre de cada día.- Aquí comprobé que no era cuestión de venir a regalar unas horas en Aparicio Saravia, sino que lo único bueno para mí era compartir esta vida. Un día les dije: consíganme un lugar y me vengo con ustedes. Me hicieron un rancho y a los pocos días me fueron a buscar en un carrito y me mudé". La persona que le estaba haciendo el reportaje le pregunta: "De modo que si no convivís con los pobres...". Y él interrumpe diciendo: "La opción por los pobres pasa por el contacto con ellos. No hay comunión si no hay contacto físico, cercanía geográfica inmediata. Si no, no aprendemos bien a amarlos, a comunicarnos, a sentir su dolor y sus problemas. Por algo Dios se hizo hombre y por eso veo que son tan importantes las comunidades insertas en barrios, como van surgiendo cada día más en la Iglesia". Allí, el periodista le dice: "Pero venir de tu medio a enterrarte aquí, es poco menos que un cambio de cultura". Y el Padre Cacho responde: "¡Nada de entierro! Llegué al lugar de la cita. Al principio me sentí desorientado y sorprendido. Escuchando, entre mate y mate, aprendí, admirado, la gratuidad de esa conversación, de ese lenguaje, de esa comunicación. A partir de ese momento, nunca quedé solo. Estuve rodeado de jóvenes y hoy, a medida que pasa el tiempo y me voy poniendo viejo, pero con más experiencia y perdiendo fuerzas para seguir trabajando, se siguen arrimando más y más".

Nosotros admiramos al Padre Cacho hombre, al Padre Cacho trabajador social, al Padre Cacho y su obra. Pero en este lugar, donde estamos los políticos de este país, hombres y mujeres, no quiero terminar este homenaje muy sentido sin hacer algunas reflexiones.

Desde el punto de vista político, en su accionar el Padre Cacho puso, sin lugar a dudas, en el tapete de la agenda social pública de este país, un tema que hoy lamentablemente se agranda y que nos está interpelando en lo cotidiano. En nosotros está, entonces, trabajar en el sentido de contemplar a los más vulnerables, para que aquello que denunciara hace tanto tiempo el Padre Cacho y que hoy se agiganta, sea considerado en la confección de políticas públicas que atiendan a los más necesitados.

En lo personal, en la obra del Padre Cacho identifico a la Iglesia peregrina, a esa Iglesia que grita para denunciar la situación de los más vulnerables, de los más humildes, que no debe callarse y que, en ese accionar, evangeliza; evangeliza en un Cristo que está vivo.

Muchas gracias.

SEÑOR PRESIDENTE (Álvarez).- Tiene la palabra el señor Diputado Fonticiella.

SEÑOR FONTICIELLA.- Señor Presidente: voy a ser breve, porque no tiene objeto abundar después de las notables intervenciones anteriores.

Este pretende ser el sentido reconocimiento de alguien del interior a alguien que en la concreción más grande de la dimensión de su obra se constituye, o se constituyó, en un fenómeno metropolitano.

Más allá de todo lo que han dicho los distinguidos colegas, quiero recordar que el 16 de setiembre de 1992, en esta Cámara, el Diputado Héctor Lescano decía algo que un 5 de setiembre, diez años después, reiteraba el Edil Mario Cayota en la Junta Departamental de Montevideo: quizás un homenaje no fuera lo que más le agradaría al Padre Cacho. Y probablemente ambos hayan tenido razón.

Quiero sintetizar esas dos expresiones con lo que hace poco manifestaba un salesiano de hoy, de esos que están trabajando con la gente que necesita que el carisma de los salesianos y todos los carismas que haya -más allá de distinciones religiosas o filosóficas- sean puestos sobre la faz de la tierra, dada la difícil situación que vive la gente. Decía ese salesiano hace escasos días: "El mejor homenaje que pueden hacerle a Cacho es el de trabajar por los Pobres, el de buscar entre todos sin diferencias de colores o partidos los caminos de solución a la difícil situación que vive nuestro país, a la situación que vive nuestra gente".

Quiero terminar estas brevísimas palabras realizando un aporte que le quedó en el tintero al señor Diputado Ponce de León, que se viene a juntar con las palabras de este salesiano y que son la conclusión que el Padre Cacho le ponía a un informe de quince hojas -que tiene cuatro puntos fundamentales, de los cuales no es del caso hablar- que escribió la asistente social María Inés Cáceres, a pedido de esa comisión especial de la que hablara el señor Diputado Ponce de León. El Padre Cacho remata ese informe en once líneas, bajo el título "Conclusión". Es lo único que él firma. Dice así: "Quisiera que tomáramos plena conciencia de quién es el clasificador y de qué hace.- No debe ser el chivo expiatorio de todos los males de la ciudad. Es un hombre que sufre, espera, quiere y trabaja. Con su presencia en las calles de nuestra ciudad, mientras carga su carrito de 'sobras' del consumo ciudadano, nos va anunciando un mundo reconciliado. Él nos recuerda, como agente ecológico, que la Naturaleza gime por nuestros despilfarros y que la mayoría de la familia humana recoge las migajas.- Su dignidad herida nos llama a reconocerlo como trabajador, profeta y ciudadano.- Isidro Alonso".

Gracias.

SEÑOR PRESIDENTE (Álvarez).- Tiene la palabra el señor Diputado Vener Carboni.

SEÑOR VENER CARBONI.- Señor Presidente: hoy celebramos diez años de la Pascua del Padre Cacho, de ese paso de la vida a la vida, de la vida terrena a la vida eterna.

Recordaba una pequeña anécdota con Monseñor Cotugno, en la Comisión de Salud Pública y Asistencia Social, donde Monseñor venía mencionando a través de adjetivos las características principales de nuestra Iglesia, la Iglesia Católica, y yo lo corregía agregando: "Y pecadora, Monseñor". Y Monseñor dijo: "Sí, por supuesto, no se precisa ni decirlo". Quedé pensando para mis adentros: "Sí, se precisa decirlo; es necesario decirlo, para que no se vivan tantos desengaños ni se tengan muchas sorpresas desagradables". Santa y pecadora: pecadora porque tiene algunos malos ejemplos, como los sacerdotes americanos; fundamentalmente pecadora porque somos todos seres humanos débiles y cometemos errores; pero santa -esta es la parte que tenemos que aprender a mirar de manera privilegiada- porque tiene muchos Padre Cacho, muchas Madre Teresa y muchos Juan Pablo II que, aun sin haberlos conocido, uno puede identificar en el compromiso de la opción por los pobres; simplemente, habiéndolos visto o habiendo escuchado o leído algo sobre sus personas, uno puede saber quiénes fueron, qué hicieron y cuáles fueron los resultados de sus misiones terrenas.

La vida del Padre Cacho es un testimonio muy fuerte, un testimonio fulminante e interpelante. Es muy duro seguir a Cristo, y esa es la parte que más le gustaba al Padre Cacho; era duro seguir a Cristo, porque significaba un compromiso permanente, no como el de aquellos que velan por los pobres diciendo "¡Ay, pobrecitos!", ni el de aquellos otros que ven la situación desgraciada de los cantegriles y de los asentamientos irregulares y hasta les da fiebre, pero es la fiebre de un día, porque después se olvidan. Los Padre Cacho son los que tienen fiebre permanentemente por esa situación.

Él no quería para sus pobres simplemente una dignidad económica; también procuraba la dignidad espiritual, tal vez más importante. El consumismo no

era su objetivo, sino la dignidad del ser humano como tal.

Fantaseando -cosa que ahora me ocurre menos a menudo que cuando era joven- me pregunté: si hoy el Padre Cacho hubiera escrito una carta a los cristianos del Primer Mundo, qué les habría dicho, qué les habría reclamado y qué les habría planteado a quienes quizá no tengan el problema espiritual resuelto, pero sí el económico; y me atreví a escribir esa carta. Dice así: "A los Hermanos en Cristo del Primer Mundo. Queridos Hermanos: Quiero alegrarlos renovando viejos caminos para la Salvación. Muchas veces hemos recibido vuestra ayuda en distintas formas, pero ello no ha resultado suficiente aunque permite resolver pequeñas situaciones por algún tiempo y manifiesta la caridad que nos profesan.- Sin embargo, no podemos salir de nuestra pobreza y subdesarrollo. Cada vez es más grande la diferencia entre ustedes y nosotros; parece como si vuestro bienestar se basara en nuestras necesidades por un mundo injusto, donde la globalización ha aumentado esas desigualdades. Nunca se sabrá la magnitud en que inciden nuestros errores para crear esta situación porque las condiciones externas son tan brutales que no hay esfuerzos que parezcan suficientes para acercarnos por lo menos a una vida digna para nuestros pobres, que son muchos. Vuestros Gobiernos han endurecido sus corazones a través de los organismos internacionales donde tienen un peso decisorio, imponiendo condiciones muy difíciles de sobrellevar. Las recomendaciones que nos han hecho no han funcionado, la deuda externa nos agobia y en aquellas pequeñas cosas donde podemos defendernos, como los productos agrícolas, se ponen subsidios y trabas que nos ahogan. La brecha tecnológica y educativa se agranda. Solo pedimos un mundo más justo y queremos hacerlo a través de vosotros, para que insistan frente a sus Gobiernos, Presidentes y Parlamentos, creando un nuevo orden internacional donde la justicia y la paz tengan más oportunidades.- Jesús nos decía que todo lo que hagamos por nuestros hermanos más pequeños lo haremos por él, y nosotros, los latinos, los africanos, todos los pobres del Mundo somos vuestros Hermanos más pequeños. Será muy difícil pasar por la puerta angosta que conduce a la Salvación si nos mantenemos pasivos frente a tal estado de cosas en el planeta. No se cumplen siquiera las pequeñas promesas de afectar tanto por ciento del producto bruto a combatir la pobreza; no cuidamos la Creación que el Señor nos confió, agrediendo permanentemente el medio ambiente; el seudo bienestar del presente parece ser más importante que el futuro de nuestros hijos y nietos, de todos los que vendrán.- Hermanos, como dice uno de nuestros Pastores, Juan Pablo II, si queremos la Paz luchemos por la Justicia. Si gastamos 900.000 millones de dólares al año en armas y guerras, ¡cuánto podemos hacer por los pobres! No tendremos excusas, 'no nos conocerán'. (¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero si se pierde a sí mismo?). Esto no es una sentencia, es una oportunidad, es camino de salvación para aquellos que asuman el compromiso de preocuparse por los que sufren, por los pobres, e insistan ante sus Gobiernos y Comunidades que debe hacerse algo por un Mundo mejor. Sin desfallecer, sin amilanarse, sin desanimarse, caminemos con Moisés a la Tierra Prometida aunque nos esté vedado verla en lo inmediato.- Por último, algo tanto o más importante que lo anterior: oren, recen por nosotros y por todos para que el Amor del Vencedor de la muerte, convierta los corazones de piedra en corazones de carne".

Según mi criterio, esta hubiera sido la carta del Padre Cacho a nuestros hermanos en Cristo del Primer Mundo.

SEÑOR PRESIDENTE (Álvarez).- Tiene la palabra la señora Diputada Castro.

SEÑORA CASTRO.- Señor Presidente: hace pocos días recibí en mi despacho un correo electrónico que daba cuenta de datos obtenidos por la encuestadora Doxa en el mes de agosto en comedores populares, algunos mantenidos por la Red Solidaria y otros por el INDA. Entre otros datos, surgía que más del 90% de esa población no trabaja, y que más de las tres cuartas partes no lo hace desde hace un año. Más del 70% tienen cuatro y más hijos. Más de las tres cuartas partes de ellos es la única comida que realizan en el día, y más del 91% de estos ciudadanos y ciudadanas uruguayos estima que desde hace seis meses está bastante peor o mucho peor. Responsabiliza de ello -desde su visión-, fundamentalmente, al Gobierno.

A veces se dice en esta Cámara o se declara en la prensa que se toman resoluciones para mitigar o para combatir la pobreza; esta encuesta no solo nos preocupa, nos alarma y nos angustia, sino que nos ratifica en determinados compromisos como el del hombre a quien hoy se está rindiendo homenaje.

Yo no milité junto al Padre Cacho. Pasaron muchos años hasta que me enterara que él era Ruben Alonso; para mí siempre fue el Padre Cacho. Tampoco comparto su fe religiosa ni sus convicciones filosóficas. Supe de él allá por los años sesenta y setenta, a través de otro gran uruguayo, Manolo Divar, compañero de fe del Padre Cacho. Manolo, quien ya no está físicamente con nosotros, nos hablaba en esos coloquios interrumpidos entre quienes estaban presos en la dictadura y los que íbamos a hacer la visita -o nos llegaba por intermedio de otros comentarios-, de la experiencia que estaban haciendo sacerdotes jóvenes en un barrio popular bastante carenciado de Rivera.

Pasaron algunos años y nos tocó trabajar como maestra en Casavalle, adonde también llegaba población del Plácido Ellauri a las cercanías del complejo escolar, como se le decía entonces; y ahí compartimos no solamente el diagnóstico, sino la vivencia directa de estar en barrios con estas características. Y también supimos de la obra de este hombre, trabajador social, con las características que aquí se han descrito.

Asimismo, me interesa rescatar no solamente lo que se ha afirmado aquí de la característica del Padre Cacho con relación a ese trabajo humilde, a cómo puso en evidencia ante amplios sectores, en el hacer más que en el decir, esa discriminación permanente hacia quienes están en esa situación de pobreza e indigencia, sino también cómo vivió la discriminación de que eran objeto sus vecinos, como decía él. Y esa discriminación, con el agravamiento de la situación socioeconómica, hoy se vive más que nunca.

Hace pocos meses, en una Comisión asesora, discutíamos un proyecto de ley contra la discriminación y nosotros señalábamos que hoy, en el Uruguay, la discriminación de domicilio es una realidad trágica para el ingreso a los escasísimos puestos de trabajo. Eso es así, más allá de que en este Cuerpo haya opinión mayoritaria totalmente contraria a que eso sea motivo de discriminación. ¡Y vaya si el padre Cacho sabía, y si quienes heredaron y continúan su trabajo saben que eso es motivo de discriminación a la hora del ingreso al mercado de trabajo y en otras circunstancias de la vida ciudadana!

Nunca pude hablarlo personalmente con Alonso, pero seguramente él no consideraba que hacía una labor política. Yo creo que sí lo hacía, pero no en el sentido de un trabajo político partidario, sino político por aquello de que es referido a la polis, a la comunidad, a la colectividad, y porque era fundamentalmente un contribuyente constructor de ciudadanía. Más allá de la propia palabra del Padre Cacho, creo que esto deberíamos verlo a través de la voz de quienes hoy continúan su obra, de quienes han estado junto a él y, diez años después, participan en ese trabajo comunitario.

Pablo Graña, quien ya ha sido mencionado hoy en esta sesión, decía que lo peor que podían asumir -se refería a los pobres- es dejar que se los guiara y que no fueran capaces de poder construir la historia. ¡Vaya reflexión asumida y vaya su importancia cuando se hace carne en el día a día esto de construir la historia, es decir, transformar esta realidad en la que se les ha subsumido, confiando en la capacidad de cada uno de los seres humanos!

Hace diez años, precisamente a los pocos días de la muerte del Padre Cacho, María Esther Gilio hacía un reportaje a una tocaya, María Esther del Pino, quien trabajó durante casi catorce años en la comunidad. Creo que ese reportaje, publicado en "Brecha", tiene un mensaje sustancial en relación con cuál debe ser la actitud política. Y me parece bien importante traer esta voz a esta Sala, en donde hablamos y en donde en reiteradas oportunidades hacemos diagnósticos muy extensos, muy completos acerca de la situación de pobreza, porque uno de los defectos que tenemos es que luego nos apropiamos de la voz del otro y no nos posicionamos como deberíamos en nuestra actitud política. Esta trabajadora social, comunitaria, decía lo siguiente sobre el Padre Cacho: "Él no tenía ninguna de las características de los políticos que cada cuatro años venían al barrio a discursear a la gente, y se olvidaban de todo en cuanto pasaban las elecciones. Para empezar era humilde, muy humilde. No había nadie por debajo de él. Allí todos eran iguales. Y, a diferencia de los políticos, él escuchaba. Cacho era un hombre que se callaba y con paciencia escuchaba a todos. La persona podía decir lo que fuera, que él con gran respeto la escuchaba".

Y agregaba María Esther: "Era muy diferente a otros que han venido, que llegan con las ideas que formaron detrás de un escritorio, y que casi nunca tienen nada que ver con las nuestras, porque nosotros primero tenemos las necesidades y los sentimientos, y después las ideas. Cuando la gente viene con ideas que nacieron afuera es difícil engancharse".

Estas son ideas generadas no solo por el Padre Cacho, sino también por esa construcción. Y esa construcción apuntaba también, como muchos lo han dicho y se ha dicho en el propio barrio, a algo que se resume en la siguiente frase: "Él respetaba y nos hacía gente"; esto también ha sido dicho hoy.

En ese mismo barrio, un poco antes de que Cacho se instalara allí, yo trabajaba en otra de las escuelas de la zona, en la época del "Chueco" Maciel, cuando su estrecha vinculación con el cantegril de Enrique Castro. Y las "chanchitas" de la época -los vehículos en los que se desplazaban los agentes policiales para hacer las razzias- pululaban por la zona en busca del "Chueco" y de otras personas que podían estar en el cantegril. Entonces, los gurises se arremolinaban y se acercaban a las ventanas, y la conversación, inevitablemente, empezaba y terminaba en la consideración de esos aspectos. Y a pesar de los tantos años que han pasado no he borrado de mi cabeza el testimonio de un niño que en aquella época debería tener unos nueve años y que era de allí, de Enrique Castro. En ese momento yo era suplente, era una persona joven, y me dice el niño: "Maestra, ¿usted quiere que yo le diga cómo es el 'Chueco'?". Le respondí: "Y sí; claro que sí". Entonces él me dijo: "Mire, el 'Chueco' es malo con la gente, pero con nosotros no". Esto tiene que ver con toda una historia, con toda una necesidad de sacar a luz las instancias posibles para la construcción de la ciudadanía.

Quisiera plantear aquí dos reflexiones finales. Alguien alguna vez me contó que Cacho tenía por costumbre -así como otros compañeros la tuvieron, en otras circunstancias- escribir cosas en hojitas sueltas: reflexiones, pensamientos, apuntecitos; eran sus papelitos, y allí quedaban. Y algo me contaron un día; yo lo anoté, lo perdí y por suerte lo encontré en una publicación para leerlo en esta oportunidad. Sabía el cuento de que Cacho había intentado en un momento -quizás en varios- hacer una especie de paralelo entre el pensamiento de Paulo Freire y el de Martin Luther King. Al final anotó, con su letra, algo así como su propio sueño, después de haber comparado aquellas pautas generales de los sueños de estos dos grandes. Él anotó: "Sueño que todas las gentes rodeando la mesa del mundo comparten el pan que han amasado con la harina-igualdad y la sal-libertad.- ¡Pronto será realidad!".

Señor Presidente y estimados colegas: dije hace algunos minutos que estoy convencida de la dimensión política del trabajo de este hombre con fe, con quien hago acuerdo en gran parte de la obra, más allá de las diferencias filosóficas. Y creo que en este país hemos avanzado, porque también hace unos cuantos años era difícil entenderse en la coincidencia terrenal, aunque algunos lo hacíamos.

Quisiera leer aquí algo que Cacho escribió, que consta en el acervo de esta Cámara porque un compañero de nuestra organización política, el entonces señor Diputado Cores, también lo leyó al referirse a la personalidad de Alonso. Él transcribió estos pensamientos del cura Cacho que dicen lo siguiente: "La sociedad actual en su conjunto es opresora, consumista, injusta. Condena, y los condenados son siempre aquellos que han sido elegidos para vivir en la extrema pobreza. [...]": ese 91% que opina que está mucho peor que hace seis meses.

Y cuando alguien en ese reportaje le decía que esa era la posición y la actitud con respecto a los pobres y le preguntaba qué había de los ricos, Cacho contestaba algo que me parece que da motivo para más de una reflexión: "Si Jesús amó a todos, yo no puedo excluir a nadie de mi amor, y de hecho, algunos ricos me ayudan aquí. Pero amar a un rico no quiere decir abrazar la causa de los ricos, que todos sabemos cuál es: conservar sus privilegios y la fuente que los genera. En cambio, el amor a los pobres es abrazar su causa, que es terminar con la máquina infernal generadora de pobreza. Esa es la gran diferencia entre amar a un rico y amar a un pobre". Quizás, en parte de estas expresiones esté la mayor proporción de mi coincidencia y de mi profundo homenaje al Padre, al uruguayo Ruben Alonso.

Gracias, señor Presidente.

SEÑOR PONCE DE LEÓN.- ¿Me permite, señor Presidente?

SEÑOR PRESIDENTE (Álvarez).- Tiene la palabra el señor Diputado.

SEÑOR PONCE DE LEÓN.- Señor Presidente: solicito que la versión taquigráfica de las palabras pronunciadas en Sala sea enviada a los familiares del Padre Cacho, a la obra San Vicente, a la Parroquia de Possolo y a las comunidades que fueron nombradas.

SEÑOR PRESIDENTE (Álvarez).- Se va a votar el trámite solicitado.

(Se vota)

——Cuarenta y uno por la afirmativa: AFIRMATIVA. Unanimidad.

(Aplausos en la Sala y en la barra)

——No habiendo más oradores anotados, se levanta la sesión.

(Es la hora 16 y 45)

GUILLERMO ÁLVAREZ

PRESIDENTE

Dra. Margarita Reyes Galván

Secretaria Relatora

Dr. Horacio D. Catalurda

Secretario Redactor

Mario Tolosa

Director del Cuerpo de Taquígrafos

Dep. Legal N° 322.569/01
Impreso en la División Ediciones
de la Cámara de Representantes